

presente la Señora lo arriesgado de la empresa, le respondia: *En mi nombre và el niño, y esto basta;* y assi era, que presentandoseles aquel, y diciendoles: que los llamaba el P. Aparicio, al instante venian à su obediencia: experimentando los Labradores, aun despues de la muerte del Siervo de Dios la eficacia del mismo dominio de su nombre; pues para sujetar animales feroces se valian de él, y con la interposicion de tan alto respeto se les rendian.

CAPITULO XIX.

Prestan obsequiosa obediencia las criaturas insensibles al Siervo de Dios Aparicio.



UANTO mayor es la distancia de los insensibles, que la de los irracionales al hombre, tanto es mas admirable el pronto vasallage, que llegan à prestar aquellos à su imperio: y haviendose manifestado tan liberal el Cielo en conceder à Aparicio el dominio, que ya hemos visto sobre los segundos, no le pareció decoroso, por sin duda, el haver de escasear à su virtud el de los primeros. Assi lo manifestó en el que comunicò al Venerable sobre las aguas, à que continuamente le tenia expuesto su exercicio, no atre-

atreviendose à ofenderle ni las que caian de las nubes en lluvias, ni las ya congeladas en nieve sobre la tierra; y aun haciendose lenguas aquellas para publicar la reverencia con que lo atendian. Haviendo parado cierto dia con sus Carretas à la falda de un monte, y acostadose sobre la desnuda tierra à descansar, comenzò à llover tan impetuosamente, que las aguas, que descendian de la cima, formaron un torrente, capaz de hacer en él mucho mayor estrago, que el de mojarle; pero llegando à su cabeza, se dividieron; y formando à su cuerpo una Corona, despues de haverse acercado reverentes à sus plantas, se volvieron à unir para seguir el curso à que las llevaba su peso.

Tambien solian participar del privilegio de que no les ofendiesen las lluvias los que lograban acompañarle en los caminos, como lo experimentaron Juan de Santiago, y Diego Hernandez de Salvatierra. Y bien que no anduviesse tan liberal el Cielo con cierto Carretero, à quien haviendo de hacer viage para la Puebla le ofreció la casualidad la compañía del Venerable; esto mismo sirvió de una de las mas relevantes pruebas del particular respeto, con que atendian aquellas à su virtud. Uno, y otro conducian sus Carretas cargadas de trigo à la Ciudad; y comenzando à llover, advirtió à Aparicio el compañero la necesidad de proveer del mas pronto remedio à su resguardo. Respondióle el Venerable, que procurasse prevenir él del suyo por su parte, que él por la suya se tomaria la providencia, que le pareciesse mas conveniente para el efecto. Y comenzando aquel con el cuidado, y diligencia, que pedia la inminencia del daño à cubrir su Carreta con

con las xergas, y petates de que iba prevenido, tendió Aparicio su pobre, y roto manto sobre la fuya, y se entró à passar la noche debaxo de la misma, continuando la lluvia hasta el amanecer, en que levantandose los dos à registrar su trigo, encontró haverse mojado todo el fuyo el Carretero; quando no solo no havia tocado aquella al de Aparicio; mas segun lo manifestaba lo enjuto de su manto, ni aun à él se havia atrevido à ofender con una sola gota.

De este, y otros treinta y quatro prodigios semejantes, que se refieren en el citado processo, y que tuvieron por theatro à la Ciudad de la Puebla, Cholula, Huexozingo, Topoyanco, Tenexac, Atlizco, y sus contornos, se derivò à sus gentes la devoción de implorar, y las mas veces no sin efecto, la proteccion del Venerable, aun viviendo este, contra las tempestades, los granizos, y demás infortunios de sus campos.

Levantòse cerca de Huexozingo un nublado tan terrible, que amenazaba la destruccion de una espaciosa, y fecunda Sementera de un devoto Bienhechor del Siervo de Dios: y temeroso aquel, de que si caia sobre ella el granizo, de que manifestaban estar cargadas las nubes, era absolutamente irreparable, le suplicò à este interpusiesse sus ruegos para con Dios, à fin de redimirlo por su medio de tan evidente peligro: rindiòse à sus instancias el Venerable, y con tan prodigioso efecto, que havendose verificado el temido estrago en las demás Haciendas circunvecinas, no experimentò el menor daño la de su encomendado. El mismo beneficio configuieron, en Cholula Juan Perez de Mendoza, y Isabel de Garcia en Tecamachalco.

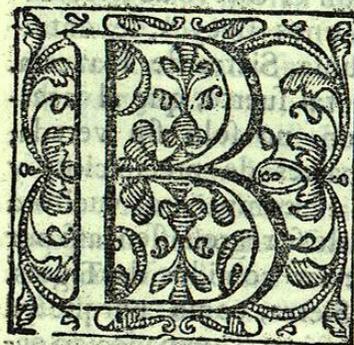
No

No solo se desvanecian las tempestades, y borrascas à la eficacia de las oraciones de Aparicio; sino que respetaban aun los mismos deshechos de sus pobres vestiduras, como lo hizo ver la experiencia à la misma ya citada Isabel Garcia. Hallábase esta en su Hacienda cierto dia, en que temió arrasasse sus ya logradas mieses un funestissimo temporal, mas tomando una Capilla vieja del Venerable, y mostrándola à las nubes con viva fe, reconoció en la instantanea serenidad conseguida, haver sido aquella el instrumento à

que debió su libertad.

CAPITULO XX.

Socorre Dios maravillosamente à Aparicio en sus necesidades.



BUSCABA Aparicio, cumpliendo la obediencia en el ministerio, en que lo havia ocupado, el Reyno de Dios, y su Justicia; y assi dexando el cuidado, aun de las cosas necessarias à su alimento, al Padre celestial, se le venian aquellas à las manos, ò por las de los Bienhechores, ò por las de los Angeles; y à la verdad, que uno, ò otro le era preciso en su ocupacion, supuesta la heroica resolucion de aquel dictamen

tamen. A consecuencia de ella emprendia comunemente sus viages sin pensar en la mas ligera provision, no solo para si; mas ni para aquel Indio, que como hemos dicho, le solia acompañar: al qual quando afligido de la hambre le preguntaba, ¿qué havian de comer? Respondia: *Hermano, Dios lo sabe, que es el que lo ha de embiar à todos; no os afijais, que él lo embiarà.* Y assi lo executaba su Providencia regularmente, ya por medio de los Hacenderos, à cuyas puertas ocurría, ò ya por el de pasajeros, que encontraba.

Mas quando no podia socorrer su necesidad à causa de lo improporcionado de los lugares, y los tiempos, la piedad de los hombres; tomaba à su cargo la Omnipotencia el desempeño de su heroica confianza, como lo experimentò el mismo Venerable, y testificaron otros muchos, en el monte de Tlazcala, en Amaluca, Huexozingo, Atlixco, y Quechula.

Haviendo perdido, assi el Siervo de Dios, como un amigo suyo secular, unos Bueyes, se entraron à buscarlos à la montuosa Sierra de Tlazcala. Empeñòlos la diligencia de tal suerte, que al acercarse ya la noche se hallaron, no solo sin vereda; pero rodeados por todas partes de precipicios, y faltando ya el sufrimiento al compañero, vuelto à Aparicio comenzò à suplicarle se regressassen, assi por el riesgo en que estaban de ser comidos de Tigres, si protegían à internar la Sierra, como porque ya el hambre no le permitia caminar. Compadecido entonces aquel de la necesidad del amigo: *Hermano, le dixo, no cuideis de esso; Dios nos socorrerà, que jamás faltò à nadie: y dentro de poco cogió del*

Cielo

Cielo el fruto, que en él havia sembrado su esperanza; pues entrando la mano en una de las mangas, sacò de ella un pan caliente como si lo acabassen de sacar del horno, y de la otra una lechuga tan fresca, que parecia haverse arrancado en aquel mismo punto de la tierra. Sació por entonces la hambre el compañero; pero jamás satisfizo su admiracion, valiéndose despues muchas veces de las lágrymas, que hacian veces de voces para llenar la ponderacion del prodigio.

En otra ocasion buscando otro Buey en la misma Sierra, y haviendose fatigado dos dias en registrar lo intrincado de su espesura, se sintió tan debil, que entonces conociò havia pasado sin comer todo aquel tiempo, al cabo del qual se le aparecieron dos Jóvenes Indios, aseadamente adornados de su propio trage; y haviéndole regalado dos huevos, y un pan, se desaparecieron. Refiriendo despues el caso el mismo Aparicio en una Hacienda, le preguntaron ¿quienes havian sido los Indios, que tan prontamente lo havian socorrido? à que respondió con su acostumbrada sencillez: *Que no los conocia, que lo que sabia era, que Dios se los havia embiado.*

Dexamos dicho en el Capitulo XIII. la precission, en que le havia puesto, assi [su mucha edad, como sus accidentes, de usar moderadamente del vino; mas como fuè siempre su ánimo remediar aquella con su uso, sin vulnerar los mas estrechos fueros de la santa pobreza, le llegaba à faltar aun en las ocasiones mas precisas, sacando entonces su provision de los Lagares de la Omnipotencia.

Comiendo en su Hacienda Domingo Ruíz con Bartholomé Lopez, y haviendo gastado el poco vino

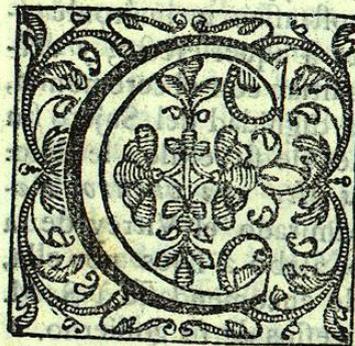
vino, que tenían en una pequeña bota, hicieron à una Criada, que la retirasse, y colgasse de un clavo, certificados de estar vacia. Mas habiendo llegado Aparicio antes de levantarse aquellos de la mesa, le preguntaron si havia comido; à que respondió, que si, el Siervo de Dios; pero que su necesidad le precisaba à pedir un poco de vino. Los dos amigos le refirieron lo acaecido, acompañando à su relacion otras expresiones de sentimiento por no serles posible ocurrir por aquel medio à su socorro. Levantò al punto Aparicio los ojos al Cielo à implorar el Divino; y habiendose mantenido un rato absorto en Oracion, como que volvía en sí de un éxtasis dixo: *Descolga la bota, que en ella hay vino.* Alcanzòla en efecto Domingo Ruiz, y con la seguridad de quien la havia vaciado quiso evidenciar su verdad con ponerla boca abaxo; mas al executar lo viò con asombro comenzar à salir vino en abundancia, hasta que el Venerable dixo: *Basta;* del qual bebió lo que necesitaba. Recomendò despues el que havia sobrado, diciendo: *Guardad esse vino, que es mui bueno;* y con esta expresion: *Dios os guarde, y de salud,* se despidió al instante.

Construyòla Ruiz como un Oráculo, que le indicaba el remedio, con que debía conseguir lo que havia mas de dos años, que havia perdido à causa de tres ulceras, que le atormentaban cruelmente, y tenían impedido el uso de un brazo, en cuya curacion havia gastado una suma considerable de dinero: por lo que tomando unas hilas de lienzo, y mojàndolas en dicho vino, se las puso sobre las llagas, con que se le secaron, y dexaron el brazo tan sano, y expedito para sus funciones, como si jamás huviera padecido tal enfermedad.

Ni

Ni fuè esta sola vez en la que socorrió el Altísimo à su Siervo con producir milagrosamente el vino, que necesitaba para su alivio: otras dos obrò el mismo prodigio en Tecamachalco en Casa de Juan Garcia Vejarano: en la Puebla en la de Anna Barberi, en cuyas manos se llenò de èl muchas veces una bota vacia, y otra en la Hacienda de Francisco Roldan: de fuerte, que parecia, que solo por atender à un Aparicio huviesse convertido los prodigios mas raros] en costumbre.

CAPITULO XXI.

De la santa simplicidad del Venerable Aparicio.

ON lo dicho hasta aqui parece nos sobran documentos para reconocer en Aparicio una de aquellas almas, à quienes suele reducir la virtud à tal estado de enagenacion de los artificios, con que hace recomendables à los suyos el mundo, que elevandolas su práctica à un cierto estado de simplicidad, llegan à ser por ella el objeto de las complacencias del Empyreo. Pero de este privilegio, que concedió à algunos la gracia, quiso la misma hacer el carácter,

y

y particular distintivo de la conducta de Aparicio.

Como desde sus tiernos años comenzó à estudiar solo para ser Cortesano de la Gloria, jamás variò de aquel dialecto llano, y natural, que aprendió entre los suyos en Gudiña; y assi à ninguno daba mas tratamiento, que el de *Vos*, por mas que le distinguiesse su dignidad, ò su carácter. Su salutacion ordinaria era: *Guardeos Dios*, estilo con que le gustaba le tratassen tambien los demás, aunque fuesen los sirvientes, y muchachos, sin embargo de ser el tan anciano: y daba por razon, que à Dios se havia de tratar con mucho respeto, que à los hombres de qualquier manera bastaba.

De esta suerte lo practicò con el Excmò. Sr. D. Gaspar de Zuñiga, y Azevedo, Conde de Monterey, Virrey de esta Nueva España, y Señor del Lugar del mismo Aparicio. Noticioso su Exc. de tener en el Reyno un tan distinguido Vasallo, habiendo llegado à la Puebla el año de 1596. pidió à los Prelados de la Religion se lo mostrassen: intimáronle estos el orden correspondiente à aquel efecto; y despues de haver cumplido Sebastian con el ceremonial, que indicasse su respeto à la dignidad del Sujeto sin salir de los límites naturales de su estilo, le dixo: *Conde, mui chico sois, mas alto era vuestro Padre, que lo conocí yo.* Y admirado el Virrey de la simplicidad del Santo Viejo, alabò à Dios por ella, y le despidió suplicándole le encomendasse à S. M. y rogasse por los buenos sucessos de su gobierno.

Solía entrar à la Puebla à pie, descalzo, con los pies mui ensangrentados, y con la aguijada, ò garrocha en la mano, el Hábito enfaldado en la Cuerda, y el Sombrero, si lo traía, caido à las espaldas;

paldas; y entrando assi en nuestra Iglesia quando iba à comulgar, no hacia otra diligencia, que arrimar la aguijada à la pared para llegar se al Altar à recibir el Cuerpo de Jesu-Christo Señor nuestro Sacramento; y habiéndole dicho en una ocasion, que como venia de aquella manera, respondió: *Hagamos lo que tenemos obligacion, que lo demás no importa nada.*

Del modo dicho entrò un dia de Corpus en aquella Ciudad con sus Carretas à dexar al Convento la limosna, que havia recogido: divisólo su Illmò Obispo el Sr. D. Diego Romano, y haciéndolo llamar, lo requirió sobre entrar de aquella manera, y en tal dia en la Ciudad à la vista de tanta gente. Oyò el Siervo de Dios la reprehension con humildad, y advertido en el lance el Obispo de ser Aparicio aquel con quien hablaba, prosiguió tratándolo mas benignamente, ofreciéndole su Casa para quanto huviesse menester, y concluyó la que havia comenzado reprehension con preguntarle, si tenia al presente alguna necesidad. Al oír esta oferta, echò mano Aparicio à la botilla, que llevaba pendiente de la Cuerda, y le respondió: *Si: que me socorrais esta pobretilla.* Edificado el Obispo de la sencillez, dió orden à un Page, que se la llenasse de vino; reiterando à aquel la expression, de que ocurriese de alli en adelante à su Mayordomo para el socorro de quanto necesitasse.

No explicò menos aquella en el siguiente caso. Ayudaba una vez à Missa (ministerio que desempeñaba con exemplaríssima devocion) y habiendo dicho el Sacerdote: *Adjutorium nostrum in nomine Domini*; y respondido el: *El que hizo el Cielo,*

lo, y la tierra; acabada aquella, le reprehendió un Religioso, que la havia oído, el haver dado la respuesta en su idioma vulgar. Aceptò con mucha sumission la correccion el Venerable, y despues con tanta simplicidad le replicò: *¿Eso os dà pena? Entiendame Dios, que es à quien deseo agradar, que lo demàs importa poco decirlo en latin, ò en romance.*

Quando entraba à la Sacristia para assistir en la Missa mayor con un Cirial, se dexaba poseer de tal suerte de la devocion à aquel Sacrosanto Sacrificio, que no atendia à desfaldarse el Hábito; ò si acaso lo advertia, era dexandolo mui largo por delante, y por detrás mui alto, ò à la contra: y diciendo los Religiosos compañeros, que cuidasse mas de su decencia siquiera por los que le veian, respondia: *¿Qué pensais que importa esso? Rianse de mi, ò no se rian: sirva yo à Dios, que es lo que importa, que lo demàs no importa un clavo.*

Viniendo de recoger la limosna del maiz de la Sierra de Tlaxcala, llegó dia de la Ascension al medio dia, pidiendo que le diessen algo de comer, al Convento de Topoyanco: y diciendole el Guardian, que porqué caminaba en un dia tan solemne, le respondió Aparicio: *Que no sabia, que fuesse alguna fiesta, y siguió à preguntar, qual era la que se celebraba. Respondiòle el Guardian, que la Ascension de Christo. ¿Pues no cae en Domingo? volvió à replicar. No sino en Jueves, respondió aquel. A mi me parecia, concluyó el bendito Hombre, que caia en Domingo; y pues anda mudando dias, yo no tengo culpa, porque no he pecado de malicia.*

Desahuciado ya de los Médicos el Venerable,

ble, entrò en su Celda el Guardian con un Crucifijo en las manos, y le dixo: *Hermano Aparicio, no es tiempo ya de simplicidades, y descuidos, porque os hallais sin esperanza de salud; por tanto, tomad en las manos este Santo Christo, y con mucha devocion, y lágrimas encomendaos à él con fé: pedidle, que os perdone vuestros pecados. Oyò Aparicio el razonamiento, y respondió: Andad Hermano, ¿ahora haviamos de aguardar à esso? Ha muchos años, que nos conocemos, y somos amigos viejos.*

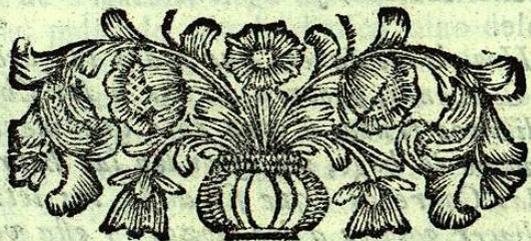
Omitense otras pruebas de la sinceridad santa de Aparicio, y concluimos el Capítulo, y el Libro con la mas relevante de su entierro imaginario.

Haviendole preguntado cierta ocasion el R. P. Fr. Juan de Santa Anna, Guardian del Convento de Santa Bárbara de la Puebla, como le iba, le respondió Aparicio con gran sinceridad: *Ta yo estuviera enterrado, si no fuera por el Guardian de mi Convento. Repitiò aquel à preguntar la causa de tan funesto suceso, y refiriòselo de este modo el Venerable.*

Haveis de saber, que todas las veces, que voy al Convento, procuro llevar à los Choristas, y Estudiantes fruta, ò otra cosa que merienden; y quando no lo hago, me esconden las herramientas de las Carretas [que sin duda las letras deben de hacer golosos à los mozos] y esta vez que no les llevè nada, me cercaron, y con mucho ruido, y alboroto me pusieron tendido sobre una tabla, diciendo, que ya estaba muerto; y cantando lo que cantan quando entierran à los muertos, me llevaban el Claustro adelante à enterrar entre las colles

les de la Huerta, donde tenian ya hecho el hoyo. Acertòlo à ver desde su Corredor el Guardian, y preguntò: ¿Donde llevais à Aparicio? Y respondieron: Padre nuestro, està muerto, y lo llevamos à enterrar. Entonces dixe yo: Padre Guardian, ¿yo estoy muerto? Y visto por el Guardian, que havia respondido, les dixo: ¿Pues como si habla està muerto? A lo qual los dichos Choristas dixeron: Padre nuestro, muchos muertos hablan, y uno de ellos es el Hermano Aparicio; y ultimadamente el dicho Guardian les mandò que me dexassen; que de otra suerte ya yo estuviera enterrado.

Prueba tan singular de su santa sencillez, que ignoramos tenga en la Historia Eclesiástica semejante.



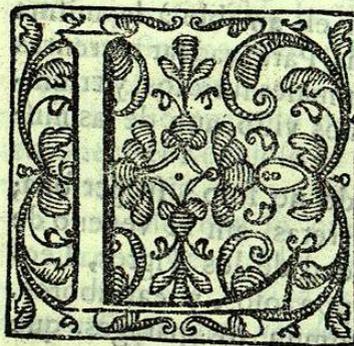
LIBRO



LIBRO SEGUNDO
DE LA VIDA PRODIGIOSA
DEL VENERABLE SIERVO DE DIOS
F. SEBASTIAN DE APARICIO
RELIGIOSO LEGO DE LA REGULAR
Observancia de N. S. P. S. Francisco.

CAPITULO I.

De la maravillosa Fé del Venerable Siervo de Dios.



LA FÉ, SIN LA QUAL ES imposible agradar à Dios, fuè virtud tan dominante en el espíritu de Aparicio, que aun quando ya era Maestro consumado en la práctica de todas las demás, solia decir: *Que no sabia mas, que se firme como el azero, y no perder à Dios de vista.* Con este gran principio comenzò à conducirse desde los primeros destellos de su razon, hasta consumir la gloriosa carrera de su vida.